

Los gustos y los colores

Laritza Diversent

Jurista

La Habana, Cuba.

Entre los cubanos es difícil determinar cuando se maneja un criterio racista en la elección física de la pareja. La valoración depende, en la mayoría de los casos, de las características que se desean para la descendencia futura. Las posiciones al respecto varían y son relativas. Están los que no quieren atrasar la raza, los que no tienen patrones en ese sentido y los que buscan el adelanto.

Tengo una amiga que se llama Tania, de 30 años, que trabaja como técnica de archivo. Su esposo es blanco y ella, negra. En común tienen una niña de quince años, Melany, quien recientemente llevó su primer novio a la casa: un joven negro.

Tania está preocupada. Le insiste a la niña que no puede atrasar la raza. Se pone como ejemplo de lo que debe hacer. A Melany no le interesa; le gusta el chico y sigue con él. Su madre está molesta.

En la misma posición se halla Josefa, una vecina de cuarenta años de edad. Dejó de hablarle a su hija Camila, una rubia de ojos azules que se casó y decidió tener un hijo con un negro. Ella no quiere niños de ese color.

Sin embargo, ni mi amiga ni mi vecina se considera racistas. Ellas alegan no tener nada contra los negros; simplemente, no quieren atrasar la descendencia. A una no le gusta esa tonalidad de la piel y la otra no quiere que su hija peine pasitas. Algo que no les interesa ni a Melany ni a Camila.

El examen de ciertos patrones físicos relacionados con el color de la piel, a la hora de elegir la pareja, es una realidad en la sociedad cubana. En uno casos se evidencia más que en otro, pero lo más negativo está en la angustia y sentimientos de inferioridad que provocan.

La cuestión radica en determinar cuándo subyace el racismo en estos patrones y que solución puede buscarse para evitar daños. El más desastroso de ellos es la ruptura del núcleo familiar. No obstante, no es bueno generalizar. El problema tiene diferentes matices. Sin embargo, en el subconsciente de la sociedad cubana se ha establecido la presunción de que en las uniones entre las personas de color de piel diferente están implícitos patrones raciales.

Este criterio ha generado teorías: los negros a quienes le gustan los blancos son racistas con su raza. Incluso, el fenómeno tiene diferentes denominaciones: negros pioletas, negros blanqueros... Sería bueno analizar el fenómeno a la inversa. La pregunta es: ¿Los blancos a quienes le gustan los negros, también son racistas?

Poner patrones y teorías al amor es como encerrarlo en una camisa de fuerza. No hay por qué temerle a las diferencias, porque en ellas está la diversidad. Esa es la gama de colores que hace bello nuestro entorno. Los estándares y modelos sólo limitan nuestra capacidad de vivir a plenitud la vida.

¿Por qué asociarse?

En la sociedad civil cubana de estos últimos tiempos se están formando movimientos de integración racial. Las causas no están aún definidas. Supuestamente cuando la Revolución triunfó, se eliminó el racismo en la isla. Frente al problema se generan diferentes posiciones: los que consideran que sí hay discriminación, los que piensan que son sutiles las diferencias y los que creen que no las hay.

La más controversial de todas es la que opina que los negros, cuando se organizan para defender sus derechos, acentúan más las diferencias raciales. Algo así como racismo a la inversa. Partiendo del punto que toda persona tiene derecho a asociarse, no cabe objeción al respecto. El problema es por qué y para qué se organizan. Los asiáticos y los indígenas se agrupan. ¿Por qué los negros no?

El racismo es una realidad que no puede negarse. Hay que aunar esfuerzos para eliminarlo. La solución para alcanzar la integración racial es la que todavía no se define. La llegada a la presidencia norteamericana de un negro ha generado expectativas en Cuba. Se pregunta si un cubano negro llegaría también al poder. Cosa poco probable, cuando la cúspide la ocupa, por más de cincuenta años, la dinastía Castro.

Lo cierto es que ningún negro disfruta de popularidad en la política cubana. Tampoco tiene poder de decisión en el gobierno. Lo que reafirma la tesis de la poca probabilidad de que, en un mediano plazo, el país sea dirigido por un negro.

Desde el punto de vista cultural, el racismo se siente más. Sin embargo, pienso que las diferencias dependen más de factores económicos. En dependencia del nivel de vida que tenga, un negro será valorado y tendrá estatus social.

La frase «ese negro» es sólo para el que no tiene recursos económicos. El fenómeno no es absoluto. Todavía hay quien piensa que «el mono, aunque se vista de seda, mono se queda». Para el gobierno es un tema no hablado. No se toca porque se presume que no existe. Sin embargo, en los documentos de identidad y las planillas que se llenan en centros laborales y estudiantiles, se pregunta por el color de la piel. Si no hay discriminación, ¿para qué necesitan ese dato?

El silencio gubernamental pone en duda el objetivo de los que se agrupan para sensibilizar a la sociedad y erradicar las posibles causas del racismo. El hecho de que los negros se asocien no implica que se quiera el fenómeno a la inversa. No se trata de erradicar diferencias, sino de frenar el fomento de la discriminación. Ese es un motivo por el que vale la pena agruparse.